

www.elboomeran.com

Susanna Moore

# La vida de los objetos

Traducción del inglés de  
Alejandro Palomas

alevosía 

*Para Richard Moore y Cheryl Hardwick.  
Y para Michael Moore.*

1938

Mi nombre es Beatrice Adelaide Palmer. Nací en 1921 en Ballycarra, en el condado de Mayo, y soy la única hija de Elizabeth Givens y Morris Palmer, de Palmerstown. La mía era una familia venida a menos y ya no éramos terratenientes, aunque tampoco aparceros (no habíamos estudiado en la universidad, pero no éramos tampoco campesinos). Asistía a una pequeña escuela que estaba a cargo del señor Hugh Knox, un viejo clérigo de la Iglesia de Irlanda que tenía una gran pasión por las aves y que daba clases de Gramática Latina y de Matemáticas. Como en Ballycarra no había biblioteca con servicio de préstamo de libros, el señor Knox animaba a sus alumnos (solo éramos tres) a leer su colección personal de libros: *Robinson Crusoe*, Cranford, Shakespeare, Dickens, Trollope y Thackeray, *Jane Eyre*, los sermones de Jonathan Swift, los *Cuentos de hadas* de los Grimm, George Eliot, Lewis Carroll, Thomas Hardy, *El viaje del Beagle*, *Los relatos del Padre Brown*, *La cruzada y muerte de Ricardo I*, Siegfried Sassoon, *El claustro y el hogar*, *El diario de Samuel Pepys* y *Biggles y el peligro negro* (un libro que instigó en mí el terror a los rusos).

El señor Knox tenía también una extensa colección de diarios y documentos científicos sobre aves, y aunque, para disgusto de nuestro viejo profesor, yo no leía los libros de ornitología, sí leía las novelas, algunas más de una vez, y muchas veces los cuentos de hadas (sobre todo «Caperucita Roja», que, según Dickens, fue su primer amor: «Sentía que si hubiera podido casarme con Caperucita Roja, habría conocido la felicidad perfecta»). Todos los

otoños, cuando el señor Knox iba a Dublín, siempre volvía con un libro que sabía que me encantaría, como la nueva novela de Daphne du Maurier o de Agatha Christie, y, para mi alegría, dejaba que me quedara con él. Al señor Knox le gustaba decir que las novelas nos mostraban que el mundo era un lugar donde imperaba lo extraño, gobernado por el azar, cosa que no hacía sino dificultar la tarea de mantener nuestras certezas. Yo no tenía más certezas que mi deseo de irme de Ballycarra.

El señor Knox animaba a sus alumnos a que le acompañáramos en sus excursiones para estudiar las aves del estuario de Moy, pero yo era la única que salía a pasear con él, del mismo modo que era la única que leía sus libros. Fue entonces cuando me enseñó a pescar y me bautizó con el nombre de Maeve de Connacht, la reina pirata.

Él fue mi único compañero de infancia. De no haber sido por el señor Knox, mi soledad habría sido insoportable. Cuando no estaba absorto en su labor de campo, yo le hacía preguntas. El señor Knox, a diferencia de los demás habitantes de nuestro pueblo, había recorrido mundo. Según él mismo admitía, había visto cosas. Había ido a la universidad en Inglaterra y había servido en la Gran Guerra. Incluso había viajado a Canadá antes de ordenarse. Yo había estado una vez en Glasgow cuando era pequeña, con mis padres. Mi madre se avergonzaba de sus parientes y jamás habló del viaje, salvo para recordarle a mi padre que se había mareado al cruzar el mar de Irlanda.

Según dicen todos, fui una niña callada, pues mis padres consideraban la conversación un lujo innecesario. No oí jamás historias familiares ni tampoco anécdotas instructivas, y mi cabeza se llenó en cambio de los cuentos de obstinadas heroínas de temperamento vivaz muy distinto al mío, con las que yo compartía el anhelo de conocer el mundo y sus imaginados placeres: chicas irresistibles como Eustacia Vye, Maggie Tulliver, Becky Sharpe e incluso la malvada Gwendolen Harleth.

No es de extrañar que mi curiosidad supusiera una amenaza para mi paz de espíritu. No podía explicar mis ideas, ni tan siquie-

ra empezar a entenderlas. No había nada en mi familia que hubiera podido anticipar un temperamento tan curioso como el que yo poseía, un misterio que a menudo me angustiaba. Sin saber qué hacer para ponerle remedio, comprendí que ya me había alejado de mis padres, al menos en mis deseos, y que mis esfuerzos por ganarme la atención de mi madre eran inútiles. Ella se comportaba conmigo más como una madrastra que como una madre, y a veces llegué a sospechar que no era realmente hija suya.

Mamá en raras ocasiones hablaba de sí misma y yo prácticamente no sabía nada de ella. Había trabajado de camarera en una tetería de Sligo, donde mi padre, que en aquel tiempo estudiaba en una escuela técnica cercana, cenaba todos los sábados por la noche. Mi abuelo Palmer murió poco después de que papá y mamá se casaran, y mi padre dejó los estudios para ponerse al frente de la tienda de la familia. Mi madre decía que jamás se habría casado con él de haber sabido que se pasaría el resto de su miserable vida perdida en las inmundas ciénagas del oeste de Irlanda. Afirmaba envidiar a sus hermanas: una se había fugado con un viajante y la otra se había ahogado cuando era niña. Era boba de nacimiento, decía, y moriría boba. A mí no me parecía que fuera insensata —tenía demasiado poco encanto para eso—, pero sus decepciones la habían vuelto única y desagradable. Mi padre y yo estábamos constantemente atemorizados por ella, y yo vivía en un caos de deseo y de desilusión.

Cuando cumplí quince años, mi madre, que desde hacía largo tiempo tenía la impresión de que el señor Knox me estaba llenando la cabeza de ideas que no me harían ningún bien en el mundo de la mercería, me sacó de la escuela y me llevó a trabajar a la tienda. Yo me quedé desconsolada, pero por mucho que supliqué e intenté convencerla, no hubo manera de conseguir que cambiara de opinión. El señor Knox mandó a uno de mis compañeros de la escuela, un niño risueño llamado Peter, cuyo padre era administrador del castillo, para que nos dijera que esperaba que siguiera leyendo sus libros y acompañándole en sus paseos. Mi

madre le dijo a Peter que informara a nuestro maestro de que yo estaba demasiado ocupada para perder el tiempo haraganeando en el bosque.

Unos días más tarde, anuncié que el señor Knox quería contratarme para que limpiara el aula de la escuela. Mi madre, a la que alegró la posibilidad de que yo ganara algo de dinero, me permitió ir a la rectoría todos los sábados, después de cerrar la tienda. Cuando le confesé mi mentira al señor Knox, sabiendo que mi madre pediría ver el dinero, él dijo que me había ganado el dinero con creces habiendo leído en voz alta para él durante años. Estaba encantado de darme un chelín a la semana.

Al señor Knox le gustaba especialmente que le leyera fragmentos del *Bestiario* de Peterborough, que yo había terminado por aprenderme de memoria: «Las grullas dividen la noche entre guardias y establecen la secuencia de las guardias por rango, sosteniendo piedrecillas en las garras para alejar el sueño. Cuando amenaza algún peligro, dejan escapar un fuerte chillido». El bestiario también aconsejaba golpear a las cotorras con una barra de hierro si se negaban a hablar, un pasaje que siempre hacía reír al señor Knox. Él tenía una gaviota llamada *Wedgewood* a la que había convertido en su mascota y a la que había criado («desde que la gaviota había roto el cascarón», le gustaba apostillar), y el pájaro a menudo nos acompañaba en nuestras excursiones al campo. El señor Knox también me enseñó a mantener sus listas ordenadas, y a fuerza de observar el consuelo que encontraba en ellas, empecé a hacer las mías propias. En mi primera lista, que escribí a los doce años, anoté: «Un buen par de zapatos, un diario con llave, una cotorra y unas tenazas para rizar el cabello».

Aunque teníamos pocos clientes, mi madre no me dejaba leer en la tienda para que nadie se llevara la impresión de que me daba aires. Para aliviar el tedio, yo estudiaba los libros de contabilidad de mi padre como si contuvieran las respuestas de todo aquello que ansiaba saber. Eran libros delgados, con las cubiertas de cartón marrón, y en ellos llevábamos una relación de los nombres de

los clientes y de sus transacciones. Yo concebía elaboradas historias para cada una de las entradas. La anotación «Señora Dennis Gurney, una doc. de pañuelos, sin iniciales, un rollo tela organza rosa, tres paquetes agujas» me llevaba a preguntarme qué podía querer hacer la señora Gurney con tanta organza (siendo rosa, no podía utilizarla para un velo de novia) y, menos interesante que eso, por qué habría elegido pañuelos lisos, puesto que el bordado de las iniciales corría a cuenta de mi madre, previo encargo y sin coste adicional. Que al cura católico, el Padre Timothy, le gustaran las medias caras de cachemir que había que pedir a Dublín resultaba, gracias a mi juventud, menos fascinante, aunque ligeramente excitante.

En Ballycarra solo había dos niños que no eran católicos (mis anteriores compañeros de escuela), y a mi madre le gustaba recordarme que si no me emparejaba con uno de los dos sin demora, terminaría quedándome para vestir santos. A mí los dos niños me parecían ignorantes y aburridos, y los evitaba siempre que los veía en el pueblo. Me intrigaban los chicos guapos católicos, a pesar (o gracias a) del horror que provocaban en mi padre los católicos. Una tía abuela suya le había dicho que el público de una función de marionetas de Punch y Judy que había tenido lugar en Killala había estallado en vítores al saber que los franceses habían desembarcado cerca de allí, y la conmoción había podido con él, a pesar de que el desembarco había tenido lugar cien años antes de su nacimiento. Yo sentía además curiosidad por las niñas católicas, aunque siempre estaban aparte, un desaire que enfurecía a mi madre, a quien, a pesar de sus quejas, las cosas le habían ido bien en la vida.

No me llevó mucho tiempo agotar los misterios de los libros de contabilidad de la tienda y empecé a aprender por mi cuenta a hacer punto, copiando los diseños que encontraba en las revistas femeninas que mi padre guardaba para sus clientas y que yo estudié sin descanso hasta que las páginas se ablandaron por el uso.

Robaba trozos de hilo de la tienda, enrollándolos en una bola hasta acumular la cantidad suficiente como para tejer mi primer puño de encaje (lo deshice ocho veces hasta que quedé satisfecha, y ni siquiera entonces me pareció que estuviera perfecto). Copiar las notas del señor Knox me había dado paciencia y una apreciación de la pulcritud en las manualidades, y las horas que había pasado cosiendo parecían transcurrir como en un sueño. El silencio se había convertido para mí en algo natural, igual que cierta tendencia a la reserva, por no decir al disimulo.

Cosía de noche, usando los restos de las velas que encontraba en la cocina, y que duraban todavía encendidas una o dos horas. Mi madre, recelosa por naturaleza, empezó a subir sigilosamente las escaleras de la buhardilla para asegurarse de que no estuviera cometiendo ningún pecado de impureza. En cuanto oía sus pasos, a pesar de que ella intentaba moverse con sigilo, yo escondía la labor debajo de una manta, sin duda avivando con mi disimulo sus fantasías de vicio. Mi madre tenía razón en preocuparse, pues los diseños de Madeira, Bruselas y Murano no hacían sino espolear todavía más mi estado de inquietud. Empecé a soñar con el día en que escaparía de Ballycarra.

Anhelé poder tejer un encaje más intrincado cuando vi en un seto un mantel de Youghal secándose, que, según decían, era obra de las muchachas que cosían en la vaquería que estaba al otro lado del puente, donde el húmedo calor de las vacas mantenía el hilo elástico e impedía que el frío les anquilosara las manos. Deseaba ver más muestras de su labor, pero mi madre no me dejaba ir a visitarlas. Me confundía el hecho de que unas muchachas consideradas tan incivilizadas pudieran haber elaborado algo tan hermoso como el mantel de encaje, con sus diseños de helechos y brezo. En las noches de calor, yo veía desde la tienda a oscuras cómo las muchachas bajaban al río, y a veces me habría gustado ser católica, aunque hubiera sido solo durante el verano.

Una mañana bajé con una de mis piezas acabadas —un cuello de encaje— y la dejé encima del mostrador para que mi padre la encontrara cuando abriera la tienda. Ni mi padre ni mi madre la

mencionaron, pero mi padre empezó a dejarme bobinas de hilo al pie de las escaleras. A final de año, tenía una docena de puños y de cuellos de Valenciennes, que una vez más dejé que encontrara mi padre. Para mi sorpresa, él se ofreció a exponer mi labor en el escaparate. Aunque el encaje no se vendía, por muy barato que lo pusiera, sí se ganó la admiración general, y empecé a granjearme cierto pequeño renombre en el barrio. Mi padre, que en raras ocasiones me halagaba, me recordó que su padre, el abuelo Palmer, había sido célebre por la belleza de sus moscas para la pesca del salmón y sugirió que, quizá, después de todo yo había heredado algo.

Unos días después de mi decimoséptimo cumpleaños, una mujer con un abrigo de piel de conejo entró a la tienda durante una repentina tormenta y me vio cosiendo en un rincón. Mi padre, que reconoció a lady Vaughan, sacó la bandeja donde guardaba mis piezas terminadas (mi madre no estaba) y, mientras sacudía el paraguas de lady Vaughan, la animó a que las mirara. Una semana más tarde, el criado de lady Vaughan nos entregó un paquete a mi nombre, lo que provocó que mi madre temiera que se había producido un vergonzante error. El paquete contenía dos libros de diseños de encajes, un regalo de parte de lady Vaughan. No mucho después, la criada de lady Vaughan vino a la tienda para preguntar si podía coserle media docena de piezas de encaje para ropa de cama a su señoría, algo que enfureció a mi madre de tal modo que no me habló durante lo que quedaba de día, y cuando lo hizo fue solo para decirme que el señor Knox me había mandado una caja de libros, que ella había devuelto.

El encaje para la ropa de cama dejó tan satisfecha a lady Vaughan que me pidió si podía hacerle un chal de encaje negro a tiempo para un baile de cacería que tendría lugar en el mes de septiembre. Con el permiso de mi padre, dejé de atender a los clientes y empecé a coser en la trastienda, donde había mejor luz (a finales de verano, se me habían puesto los dedos tan rojos e hinchados que tenía que sumergirlos todas las noches en agua con sal). Temía

que mi labor no fuera lo bastante delicada y que lady Vaughan quedara decepcionada, pero a pesar de mis temores, sentía también una extraña euforia, tan nueva para mí que a menudo me reía en voz alta, provocando con ello que mi madre saliera de la habitación. Cuando la criada de lady Vaughan apareció el primer día del mes a recoger el chal terminado, la saludé con una torpe reverencia y corrí al jardín. Allí vomité en un arbusto. Esa noche, lady Vaughan envió una nota en la que me daba las gracias por mi «preciosa» labor y en la que incluía dos billetes de una libra con un encargo de dos cuellos y seis puños.

La mañana después del baile, todo el pueblo se había enterado de que una de las invitadas del castillo, una dama extranjera que había llegado a Irlanda para la cacería, había reparado en mi chal y había preguntado a lady Vaughan de dónde procedía tan exquisito encaje. La dama, que según se decía era prima del zar, vestía para el baile una larga falda de tafetán y un suéter negro con un collar de turquesas y diamantes, un atuendo tan estrafalario que ya durante el desayuno nuestra vecina, la señora Greeley, que era criada en el castillo, se lo había descrito a mi madre entre carcajadas (la amable lady Vaughan había vestido terciopelo burdeos y granate). Mi madre anunció que, por una vez, no se creía que la dama en cuestión fuera de la realeza, pero yo escuchaba fascinada. No había habido ni un solo instante en que no deseara el mundo que había más allá de Ballycarra, y poder disfrutar de un simple atisbo de él por una mujer que llevaba una prenda de lana a un baile era más de lo que yo había imaginado posible.

La extranjera —no había duda de que era ella— vino a la tienda al día siguiente. Me sentí avergonzada cuando mi madre, que tejía en una silla, no se levantó para saludarla, y yo corrí a llevarle una silla de la cocina. Cuando regresé, mi madre me echó de la tienda.

Para mi confusión, la señora me siguió a la calle hasta que me dio alcance y me preguntó si me apetecía pasear con ella junto al río: los salmones remontaban las aguas río arriba y a la señora le gustaba ver a los hombres echando la caña mientras las gotas de agua volaban desde sus hilos como joyas, dijo. Su nombre era con-

desa Hartenfels (me alivió saber que, aunque hablaba inglés con acento extranjero y sin duda tenía todo el aspecto de que podía ser familia del zar, no era rusa). Según me contó, había venido a la tienda en busca de «la maga señorita Palmer», y confesó su sorpresa al descubrir que yo era una chiquilla, pues había esperado encontrar a una anciana señora con mitones.

Entrelazó su brazo con el mío (algo que ninguna mujer adulta había hecho antes, ni siquiera mi madre) y dijo que le gustaría ver más muestras de mi encaje. Reconoció que ella jamás llevaba nada de encaje, salvo *lingerie*. Yo no había oído pronunciar esa palabra, aunque sí la había leído en las revistas, pronunciada con una *ge* sonora, y en un primer momento no la entendí. Aun así, admiraba el encaje en otras mujeres, especialmente en su querida amiga Dorothea Metzenburg, que vivía en Berlín y a la que el encaje la volvía loca, hasta el punto de que poseía una peculiar y extremadamente valiosa colección de diseños. La condesa iba de camino a Alemania para visitar a los Metzenburg.

—Te caerían bien —dijo, como disponiéndose a hacer una confidencia—. Felix tiene los modales más exquisitos de Europa. —La intimidad de su tono, así como su proximidad física, me hicieron temblar de felicidad. Hablaba como si yo entendiera todo lo que decía y, aún más halagador, como si entendiera todo lo que no decía. Cuando volvimos al pueblo, después de haber caminado hasta el Ridge Pool, entré a hurtadillas en casa a buscar mis encajes para mostrárselos, desplegando mi labor sobre la húmeda muralla de piedra del puente.

La condesa Hartenfels volvió a encontrarse conmigo la tarde siguiente. La gente nos miraba al pasar, y en mi entusiasmo, fui dándole los nombres de los pájaros que iba viendo a lo largo del río (una serreta grande y el raro frailecillo), consciente de que la criatura que vestía el traje de montar negro y el sombrero de copa con velo que paseaba con su brazo entrelazado con el mío era, al menos en Ballycarra, más rara que cualquier frailecillo. La condesa, que parecía ligeramente distraída, un rasgo que

tomé por sofisticación, dijo que también a ella le gustaban *bastante* los pájaros, aunque no sabía nada de ellos. Su forma de hablar, el modo en que exageraba palabras inesperadas, me resultaba confuso. Yo no estaba acostumbrada al énfasis y daba importancia a algunas de sus palabras y frases en las que quizá ella no pretendía hacer hincapié. Cuando declaró que *jamás* había visto un encaje como el mío, la creí.

Poco antes de que la condesa se marchara de Ballycarra, me sugirió que la acompañara a Berlín. Viviría en la casa de sus amigos, los Metzenburg, donde me dedicaría a mi labor de encaje. Naturalmente, si no era feliz, una posibilidad que ella consideraba improbable, podría regresar a Irlanda. Convencida de que me tomaba el pelo, no le presté atención, pero ella insistió, describiendo la amabilidad de sus amigos, los Metzenburg, a los que adoraba, y la agitación de la gran ciudad, hasta que ya no pude pensar en otra cosa y mi madre terminó por preguntarme si estaba enferma. No le dije nada de la invitación de la condesa, pero fui a ver al señor Knox para que me diera consejo.

Caminando por el prado pantanoso donde me había enseñado a pescar, el señor Knox vio una alondra culebrera y se detuvo a anotarla en su diario. Le hablé, no sin cierta fanfarronería, de mi peculiar amistad con la condesa y de la extraordinaria propuesta que me había hecho. Para mi desilusión, él no dijo nada. Se limitó simplemente a preguntar si estaba de acuerdo en que ese año había habido muchas menos codornices reyes. Cuando volví a mencionar a la condesa, él me hizo callar, pues no quería asustar a un zorzal alirrojo al que seguíamos hasta su nido en un olmo. Yo me encargaba de llevar la larga vara que utilizábamos para robar nidos, y distraída como estaba, se me quedó prendida la red de muselina en unas zarzas, cosa que provocó que el señor Knox me mirara con desacostumbrada impaciencia.

De camino a casa, se mostró extrañamente silencioso. Yo sabía que en algún momento me diría lo que pensaba, era solo cuestión de tener paciencia. Me indicó que esperara mientras encendía su pipa, se guardaba la caja de cerillas y seguimos cruzando el

campo. Quería comprobar el estado de los señuelos para patos que mantenía en la laguna, porque atraían a grandes colonias de frisos y somormujos todos los otoños (un engaño que siempre me dejaba melancólica). El señor Knox dijo que los hombres que tenían motivos para saber, temían la inminencia de una guerra con Alemania, y que esperaba que meditara bien la invitación de la condesa.

A pesar de los intentos del señor Knox por educarme, todos mis conocimientos de historia provenían de las novelas. Nada sabía de una guerra próxima. Aunque esa guerra fuera inminente, no entendí de qué modo podía afectarme. Yo era ciudadana irlandesa de un estado libre. El señor Knox golpeó varias veces la pipa contra el tacón de su bota y pisoteó los rescoldos en el barro.

—¿Quién leerá para mí?—preguntó.

Le dije que gracias a él, a sus enseñanzas y a los libros que me había animado —e incluso apremiado— a leer, yo había adquirido esas ansias por ver mundo y que él menos que nadie podía negarme la oportunidad de satisfacerlas. Le dije también que era poco probable que volviera a presentármeme una oportunidad semejante. El señor Knox estuvo de acuerdo, aunque no sin cierta ironía, y por su tono de voz entendí que me perdonaba por abandonarle. Cuando llegamos a la rectoría, me dio su bendición y me besó en la cabeza. Le prometí que le escribiría.

A la mañana siguiente, les anuncié a mis padres que me iba de Ballycarra para coser encajes para una familia de Berlín. Mi madre declaró sin demora que sufría uno de mis delirios de grandeza y se negó a creerme, incluso después de que me oyera pedirle a mi desconcertado padre que me diera una maleta de cartón de la trastienda. Les dije que la condesa, que estaba ocupándose de los trámites de mi pasaporte (el hermano de lord Vaughan era el cónsul de Irlanda en Derry), se encontraría conmigo en la estación al cabo de dos días.

La noche previa a mi partida, mientras metía una y otra vez mis pocas pertenencias en la maleta (mis libros sobre encajes), mi padre subió las escaleras que llevaban a la buhardilla.